

ÍNDICE

Tenía quince años	15
El día después	27
José, un novio sorprendido	45
La exaltación de la esclava	59
De nuevo en casa	71
Los senderos torcidos	81
El verbo se hizo carne	95
El grito de Raquel	113
Educar a Dios	125
Treinta años de gloria	141
El amor se hizo público	159
Desde la retaguardia	177
De pie, junto a la cruz	203
La hora de mis hijos	249
Epílogo	263
<i>Nota final</i>	265

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados

© Santiago Martín, 1996

© Editorial Planeta, S. A., 1998
Córcega, 273-279, 08008 Barcelona
(España)

Diseño de colección: Pati Núñez

Realización cubierta: Departamento de

Diseño de Editorial Planeta

Ilustración cubierta: Virgen Glikocilusa, arte bizantino ruso, Moscú

Primera edición: octubre de 1996

Segunda edición: diciembre de 1996

Tercera edición: febrero de 1997

Cuarta edición: mayo de 1997

Quinta edición: setiembre de 1997

Sexta edición: febrero de 1998

Depósito Legal: B. 8.468-1998

ISBN 84-08-01911-2

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Liberduplex, S. L.

Encuadernación: Serveis Gràfics 106, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

TENÍA QUINCE AÑOS

Yo tuve una vez quince años.

Hacía unos meses que había empezado a ser mujer.

Recuerdo, a pesar de haber pasado tanto tiempo y tantas cosas, la ternura de mi madre, Ana, y la suave firmeza de mi padre, Joaquín.

Precisamente aquel día era sábado. Mi padre había ido a la sinagoga a escuchar, como siempre, la lectura de un texto de la Torá y la explicación que daba el rabino. Mi madre y yo también solíamos ir y nos quedábamos muy juntas y atentas tras la celosía que separa a hombres y mujeres. Ese día, sin embargo, no habíamos podido estar, así que esperamos a que Joaquín volviera para que nos dijera lo que había oído.

Caía ya el sol y terminaba el sábado cuando mi padre nos recordó el texto que se había leído en la sinagoga. Era del profeta Isaías, uno de mis favoritos. Con voz solemne y cantando más que recitando, Joaquín dijo:

«¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia salvación, que dice a Sión: "Ya reina tu Dios! ¡Una voz! Tus vigías alzan la voz, a una dan gritos de júbilo, porque con sus propios ojos ven el retorno de Yahvé a Sión. Prorrumpid a una en gritos de júbilo, soledades de Jerusalén, por-

que ha consolado Yahvé a su pueblo, ha rescatado a Jerusalén."»

Tras esto, mi padre nos explicó lo que había dicho el rabino de nuestro pueblo, Asaf hijo de Coré. Era un hombre amable, ya muy mayor, pero siempre cariñoso con todos, especialmente con los niños, así que yo siempre le escuchaba con gusto y mandaba interrumpir sus juegos a mis primos cuando él pasaba junto a nosotros en la calle para ir todos a su lado a besarle la orla de su manto.

Joaquín nos dijo, a mi madre y a mí, que Asaf había estado preocupado aquella mañana. Las noticias que llegaban de las ciudades en las que había destacamentos romanos no eran buenas; se hablaba de tumultos entre algunos de nosotros e incluso se comentaba que en la lejana Jerusalén había mucha inquietud y que algunos rabinos habían dicho que la llegada del Mesías podía estar próxima, según se podía deducir de cierta profecía que hacía referencia a su nacimiento en la ciudad de David, Belén. Asaf, tranquilo como era, no quería sembrar alarmas entre sus oyentes, entre otras cosas, como él mismo había recordado esa mañana, porque noticias semejantes se estaban produciendo desde que los romanos ocuparon Israel y aun antes, bajo la dominación de los sirios de Antíoco. Sin embargo, mi padre nos comentó que en aquella ocasión la voz de nuestro rabino parecía más intranquila que otras veces y que sus llamadas a la calma eran menos convincentes.

Algo se preparaba y gente como Asaf, como mi padre o como mi madre, lo intuían, sin saber exactamente de qué se trataba. Por eso el rabino había elegido el texto de Isaías, para darnos a los habitantes de nuestra aldea un mensaje de paz y de esperanza. Si el Mesías estaba al venir, como algunos decían, debíamos tener calma, porque su llegada sería la del príncipe de la paz. Cualquier otra actitud era, en el fondo, una falta de confianza en el Todopoderoso, en cuyas manos están siempre nuestras vidas.

A Ana, mi madre, y a mí, estas cosas nos apasionaban. Escuchábamos a Joaquín apretadas la una contra la otra, a la luz del fuego de nuestro hogar, en una noche de finales de Nisán hermosa y suavemente fresca. Las dos creíamos firmemente en lo que enseñaban la Torá y los demás libros sagrados, y Ana había tenido mucho cuidado en enseñarme lo que significaba la fe en Yahvé, el amor y el respeto que le debíamos, y la necesidad de observar fielmente la Alianza que Él había pactado con nuestro pueblo. Por eso no nos extrañaba nada de lo que pudiera pasar, convencidas como estábamos de que, a un solo gesto de Dios, ni siquiera las poderosas legiones romanas podrían enfrentarse con el Mesías cuando éste apareciese en la tierra. Esperábamos su llegada y rezábamos cada día para que ocurriese lo antes posible, pero nunca antes de que fuese el tiempo indicado, el momento en que la voluntad del Todopoderoso lo hubiera previsto.

A mí, más que a mi madre, por mis quince años recién cumplidos, me gustaba soñar con el Mesías. También lo hacían mis compañeras y hablábamos de él cuando nos veíamos, sobre todo en la fuente del pueblo o cuando íbamos a lavar al arroyo. Pero yo deseaba ardientemente que ese Mesías fuera un mensajero de la paz y del amor de Dios, los dos sentimientos que mis padres siempre me estaban inculcando, mientras que casi todas mis amigas disfrutaban hablando de palacios y de grandes fiestas. Peor aún era con mis primos, con los que en más de una ocasión me había tenido que enfrentar porque parecía que el Mesías que ellos tanto anhelaban no era otra cosa que un caudillo militar. Cuando yo les hablaba de las cualidades espirituales que adornarían su alma, ellos se burlaban de mí y me tiraban de las trenzas diciéndome que todavía era una niña incapaz de entender lo que le convenía al pueblo de Israel y que si yo me creía que un Mesías bondadoso iba a ser capaz de expulsar a los romanos de nuestra patria.

En fin, el caso es que aquella noche de un sábado de primavera, mi madre y yo escuchábamos atentísimas a Joaquín, que nos estaba contando la predicación del rabino Asaf. Todo iba bien y se desarrollaba según el talante de mi venerado rabino y de mis padres, hasta que Joaquín dijo algo que nos sorprendió a mi madre y a mí. Dijo que, llegado un momento en su exhortación, Asaf pareció quedarse mudo. Había estado leyendo párrafo a párrafo el texto de Isaías y explicándolo a continuación, hasta que, de repente, al leer lo que estaba escrito, palideció, cerró el libro, se sentó y rompió a llorar.

Varios hombres del pueblo, entre ellos mi primo José, con el que mis padres me habían comprometido en matrimonio, y mi propio padre, se acercaron a él, pero no consiguieron sacarle una palabra. La asamblea se disolvió y no cesaron de hablar del asunto, intrigados por lo que pudiera haber leído Asaf. Como en casa de ninguno de nosotros se poseía un libro de Isaías, no se podía consultar el texto que tanto había impresionado a nuestro buen rabino, así que se decidió acudir a un hombre de Caná que vivía en nuestro pueblo y que no había ido aquella mañana a la sinagoga porque estaba en la cama con fiebres. Era un experto en el conocimiento de las Sagradas Escrituras y recitaba de memoria pasajes enteros, además de ser amigo de mi familia.

Mi padre, consciente de la intriga que estaba dando a su relato, hizo una pausa y nos miró atentamente. Las dos estábamos boquiabiertas, no digo asustadas porque Ana, mi madre, tiene tal fe en Dios que dudo que algo logre turbar su ánimo. Pero sí francamente interesadas. Así que, Joaquín, después de un momento de silencio que aumentó la expectación, nos dijo que llegaron a casa de Adonías, el cananeo, y se lo explicaron todo. Cuando hubo escuchado el texto último que había leído Asaf, Adonías cerró los ojos y empezó a musitar en voz baja hasta que llegó al punto del relato en que se había inte-

rrumpido el rabino. A partir de ahí, ya en voz alta, añadió:

«¿Quién dio crédito a nuestra noticia? Y el brazo de Yahvé ¿a quién se le reveló? Creció como un retoño delante de él, como raíz de tierra árida. No tenía apariencia ni presencia; le vimos y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados. Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y Yahvé descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca.»

Naturalmente que mi padre había podido recordar ante nosotras todo aquel largo párrafo porque lo había escuchado y meditado muchas veces, y apenas le bastó oírsele empezar a Adonías para recitarlo él por lo bajo, acompañándole.

Joaquín nos dijo también que algunos de los que habían ido a consultar a Adonías no quisieron dar crédito a lo que él decía, porque eso significaría que el Mesías que había anunciado el profeta Isaías no era un Mesías rey, un Mesías libertador del yugo romano, e incluso que hasta se podía entender que había sido traicionado por el propio pueblo elegido, lo cual era de todo punto absurdo e imposible.

De este modo, divididos y confusos, salieron todos de la casa del cananeo, más preocupados aún que cuando habían entrado.

Mi padre y José, mi querido primo y ya casi ma-

rido, volvieron juntos, subiendo la cuesta hasta nuestra casa, donde José dejó a mi padre no sin antes pedirle que me saludara en su nombre, lo cual siempre hacía que me pusiera colorada. El caso es que los dos estaban de acuerdo en reconocer que Adonías no se había equivocado de texto y que, posiblemente, el Señor Todopoderoso había enviado algún signo a nuestro rabino Asaf que le había sorprendido hasta el punto de hacerle enmudecer.

«Estamos en tiempos grandes, tiempos de Dios. No debemos temer porque el Señor nunca abandona a su pueblo, pero debemos orar intensamente para que se haga en cada instante su divina voluntad.»

Así dijo mi padre, dando por terminado el relato e indicándonos a continuación que era ya hora más que sobrada de acostarse. Le obedecí al instante y fui a ayudar a mi madre en las últimas faenas de la casa y luego me marché a mi habitación.

No podía dormir. Afuera cantaban los grillos. La luna era hermosísima y su luz se filtraba por la tela de saco que tapaba el ventanuco de mi habitación. No corría apenas aire y yo estaba tranquila, extrañamente tranquila, pues a pesar de lo que nos había contado mi padre no me sentía inquieta. Con todo, no podía dormir.

Así que empecé a rezar. Algo dentro de mí me decía que el Señor estaba esperando una palabra mía. Se la di en seguida y le dije que si Él quería enviar un Mesías que no iba a ser como casi todos esperaban, que por mi parte me daba lo mismo. Yo no quería que su voluntad se adaptara a mis gustos, sino que aspiraba a ser yo la que me adaptara a los suyos. Le dije también que me daba mucha pena eso de que el Mesías iba a ser entregado en sacrificio por nuestros pecados, como uno de aquellos corderos que se matan en la noche de la Pascua, cuando recordamos la gesta que significó el origen de nuestro pueblo, la acción de Dios contra los primogénitos de los egipcios.

Yo no entendía cómo podía venir un Mesías que tuviera como final el fracaso. Los argumentos de mis amigas, de mis primos y de mis mayores, a excepción de mis padres, me parecían cargados de razón. Me parecía lógico que Dios interviniera a favor nuestro, como había hecho en el pasado, en la época de los Jueces o de los Reyes, y que suscitara un jefe poderoso que devolviera la libertad y la grandeza a nuestra patria. Pero, como a mis padres, no me hacía ninguna ilusión recrearme en las imágenes de guerra y violencia, de sangre y desolación que forzosamente acompañarían esa liberación por muy victoriosa que fuera. Además, y ahora ya la cosa se complicaba, me parecía extraño y más raro aún que el Mesías que iba a venir tuviera que padecer en nombre de todos, siendo él inocente y nosotros los culpables.

Pero yo sentía muy fuertemente que aquella noche el Señor esperaba algo de mí, así que le dije a todo que sí. Le dije que por mí las cosas sólo debían hacerse según fuera su voluntad y no según mis cálculos o previsiones. Por lo tanto, si Él, Yahvé, había dispuesto que así debían desarrollarse los acontecimientos, así los aceptaba yo y, como en ocasiones anteriores, me ofrecí para ayudar en lo que pudiera, sabedora, de que lo que yo podía hacer era muy poco, jovencita como era y a punto como estaba de casarme.

Y entonces fue cuando ocurrió.

No había hecho más que pronunciar mi último sí cuando la pequeña habitación se llenó de luz. Todavía estaba arrodillada, con mi pobre ropa de noche que había levantado por encima de las rodillas para no gastarla, cuando él se apareció.

Tengo que decir que no me asusté. Bueno, sí me asusté, pero fue como si se tratara de un miedo que no es miedo.

El caso es que allí estaba él. Hermoso y brillante, dulce, lleno de paz. Ni por un instante pensé que po-

día ser un enviado del Maligno, porque la paz que de él se desprendía era sólo de ese calibre que da Dios; además, algo de ese fruto ya había gustado yo en ocasiones, cuando rezaba y me pasaba las horas libres de las tardes de los viernes entre los olivos o en mi habitación. Esa paz, la de Dios, encontraba un eco profundo en mí misma. Su paz se abrazaba con mi paz, como si en mi interior no hubiera existido nunca otra cosa más que la armonía divina, una paz semejante a la que de este mensajero del Señor emanaba.

Porque me estoy refiriendo, naturalmente, al ángel Gabriel.

No sólo era hermoso y lleno de paz, sino que hablaba. Si se hubiese quedado callado, quizá me hubiese puesto a jugar con él, hasta ese punto era grande mi sintonía con su alma y mi tranquilidad. Pero cuando empezó a hablar sí que me asusté un poco. Y no porque su voz fuera fea, sino porque lo que dijo me dejó perpleja.

«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo», fueron sus primeras palabras.

Naturalmente que era para asustarse. ¿Qué quería decir «llena de gracia»? ¿No estábamos todos bajo el efecto del pecado original, como nos enseñaban en la sinagoga? ¿No sería, pues, una invitación a la soberbia y me habría dejado engañar por su aparente espiritualidad?

Él se dio cuenta en seguida e intentó tranquilizarme: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.»

La verdad, no eran palabras muy tranquilizadoras. Estaba el «no temas», pero lo que venía luego era de lo más serio y preocupante.

Sin embargo, acostumbrada como estaba a decir sí a lo que Dios me pidiera, y con la certeza íntima que tenía de que aquel era un mensajero suyo, ni pensé en el lío en que me metía, ni en las consecuencias que pudiera tener el hecho de que yo ya estaba, de alguna manera, casada o por lo menos comprometida con José. Ya le iba a decir que sí cuando ese sexto sentido que tenemos las mujeres me llevó a hacer una pregunta, una especie de prueba para cerciorarme de si, en verdad, el Señor Todopoderoso era quien estaba enviando a aquel mensajero. Así que le dije: «¿Cómo ocurrirá esto, puesto que no conozco varón?»

No se trataba de algo sin importancia. Para mí era fundamental. De hecho, o ese punto se resolvía dejando claro que no me vería forzada a nada impropio de una joven honesta, o podía estar segura de que lo que se me ofrecía no venía de Dios. Dios no puede contradecir a Dios. Dios no podía haber estado sembrando en mi alma durante toda mi vida una necesidad de pureza y de consagración para después llevarme por caminos que eran todo lo contrario. Y como lo anterior sí que era cosa suya, si lo nuevo también venía de su mano, forzosamente habría de estar en sintonía con aquello.

El ángel Gabriel supo despejar todas mis dudas. «El Espíritu Santo vendrá sobre ti —afirmó— y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios.» Aquello ponía todo en su sitio. Yo seguía manteniendo mi virginidad y mi limpieza de alma y de cuerpo, sin tener que pasar por situaciones que no sólo me repugnaban a mí, sino a cualquier otra muchacha honrada. Y es que mis padres me habían dicho muchas veces que nunca aceptara eso de que el fin justifica los medios, por más que fuera un lema tan corriente, sobre todo a la hora de hacer lucrativos negocios o cuando se quería justificar la violencia contra los romanos. El fin era, en

este caso, el mejor, o al menos así se me estaba presentando: dejar que naciera nada menos que el Mesías. Pero yo quería asegurarme de que también los medios, la forma en que ese fin iba a tener lugar, era la correcta. En el fondo, si así no hubiera sido, al momento habría sabido que Dios no estaba detrás del asunto. El Señor no se contradice a sí mismo, no es hoy sí y mañana no; Él es siempre un sí grande, noble y permanente. Además, la situación no era tan distinta de la que había estado meditando justo antes de que el enviado de Dios llenara con su luz mi pequeña habitación. El pueblo de Israel, mi pueblo, quería un libertador a toda costa y a mis padres y a mí nos parecía que en ese «a toda costa» había algo que no casaba muy bien con la bondad divina. Nosotros también queríamos que viniera el Mesías y que nos liberara del yugo extranjero, pero no a cualquier precio, no al precio del odio, la guerra y la violencia.

Pero estaba aún haciéndome estos razonamientos cuando ya el ángel de nuevo volvía a hablar. Quizá pensaba que yo todavía tenía dudas. El caso es que añadió: «Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y éste es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios.»

No hubiera necesitado ese argumento, porque yo ya estaba decidida. Así que, para evitar que sospechara de mi voluntad de aceptar lo que Dios me pedía, me precipité a decirle lo que estaba gritando mi corazón desde el primer momento, una especie de consentimiento matrimonial, un «sí, quiero» que salía de mí con tanta fuerza que incluso me asusté porque no estaba acostumbrada a ímpetus semejantes. «He aquí la esclava del Señor —le dije—; hágase en mí según tu palabra.»

Entonces Gabriel se fue. Me sonrió y se fue. Bueno, también sentí como un beso en mi mano, como un roce de alas de jilguero, suave y dulce. Pero lo

mejor fue su sonrisa. Durante todo el tiempo que duró nuestro encuentro, fue como si él hubiera estado nervioso, más aún que yo; era su actitud la de la expectación, la de aquel que teme que se pueda rechazar su petición y se juega la vida en ello. Después he comprendido que no sólo era él, sino la creación entera la que estaba pendiente de mis labios en aquella noche de primavera. Todos esperando a que una insignificancia como yo, una muchacha de quince años que hacía poco que había empezado a ser mujer, le diera permiso al Todopoderoso para inaugurar una nueva creación, una nueva alianza, una historia de amor definitiva y eterna con un pueblo en el que cupieran todos los hombres.

El caso es que le dije sí. Se lo dije al mensajero para que le llevara el recado a su Señor. Las palabras concretas no las pensé demasiado. Fueron las que me salieron del alma en aquel momento. Ya se sabe cómo son estas cosas; si te dieran tiempo, compondrías una hermosa oración e incluso se la encargarías a un rabino o a un hombre experto en letras, pero así, de repente, a una pobre muchacha de aldea como yo sólo se le ocurrió usar el lenguaje sencillo y vulgar al que estaba acostumbrada, sin adornos ni componendas. Por eso dije lo de la «esclava». Yo no era «esclava». Mis padres eran libres y teníamos la dignidad y deseos de libertad que siempre han caracterizado a nuestro pueblo, indómito entre los indómitos y muy celoso de sus tradiciones. Además, estaba y estoy absolutamente en contra de la esclavitud, por más que algunos del pueblo tuvieran esclavos en casa y que otros dijeran que sin su existencia no podría funcionar nada desde el punto de vista económico. Ya digo, en mi casa eso de los medios malos para los fines buenos nunca nos había gustado, como no nos convenció demasiado lo del «mal menor» de que solían hablar otros, generalmente para justificar algo injustificable.

Sin embargo, a la hora de expresar mi consenti-

miento dije lo de la esclava. Podrá parecer una tontería, un contrasentido incluso, dado que estaba en contra de la esclavitud. Pero es que tampoco me arrepiento, a pesar de haber pasado tantos años y de haber meditado mucho sobre ello. No sólo me salió de repente, sin pensar, sino que si ahora tuviera que repetir lo de entonces, lo volvería a decir.

Quiero ser esclava del Señor. Sólo del Señor, eso sí. Pero de Él, con todas mis fuerzas. Ser su esclava no significa no tener dignidad ni carecer de libertad, sino poner mi libertad a su servicio y confiar mi dignidad a su cuidado. Él sabe cuidar de mí mucho más que yo y, si no, ahí están tantos que presumen de ser libres y luego son esclavos del vino o de cosas aún peores. Yo vivo por Él y para Él. Es algo que he elegido, nadie me lo ha impuesto, como se vio cuando me pidió permiso para que pudiera nacer el Mesías. Pero, desde la libertad que tengo, le digo: aquí me tienes, soy tu esclava, puedes hacer de mí lo que quieras, me abandono en ti, utilízame para tus fines y sólo te pido que seas tú quien cuides de mí; soy obra de tus manos y no deseo otra cosa más que ser un espejo que refleje tu gloria y tu prestigio.

Soy la esclava del Señor. Soy su esposa. Soy la Madre de su Hijo. Pero esta ya es otra historia, querido Juan, que te contaré mañana.

EL DÍA DESPUÉS

Como comprenderás, Juan, apenas pude dormir esa noche. Y el caso es que no estaba nerviosa. Verás, es como si yo lo hubiera sabido todo desde mucho antes de que ocurriera, pero sin ser consciente de ello. Mi cuerpo y mi alma habían estado siempre a la espera de ese momento y de ese inquilino, sin saberlo yo, pero sabiéndolo ellos. Por eso todo era tan normal. Y porque era tan normal, me sorprendía y me preocupaba.

Pasé la noche, casi hasta la madrugada, acurrucada en la cama y rezando. Mi oración no estuvo llena de palabras, sino de silencios cuajados de sensaciones, de preguntas, de consentimientos.

Físicamente no noté nada, por lo que llegué a dudar que todo hubiera sido un sueño, una aparición fantástica que yo misma me había construido. Pero pronto deseché esa idea. No notaba nada, pero algo estaba dentro de mí y yo lo sabía sin el menor tipo de duda. Era algo nuevo, vivo, maravilloso. Pero, ¿qué era?, o mejor, ¿quién era?, ¿de quién se trataba?, ¿qué tipo de Mesías era aquel que venía a nacer en una aldea perdida de la Galilea, en lugar de buscar la capital, Jerusalén? ¿Quién, en su sano juicio, habría elegido por madre a una pobre muchacha, hija de un artesano, en lugar de buscar la protección de una familia poderosa? ¿No fue el mismo Moisés

el que, naciendo pobre, se crió y educó en el palacio del faraón? ¿Me sucedería a mí lo mismo, me arrebatarían a este hijo para llevárselo a casa de algún grande a que allí lo educaran? ¿Sería yo sólo madre temporal, apenas nodriza, en lugar de poder disfrutar de la compañía de esta criatura a la que ya quería apasionadamente?

Así me pasó la noche, querido Juan. ¡Tenía tantas preguntas que hacerle al padre de mi hijo! Porque de lo que sí fui consciente desde el primer momento era de que estaba en vías de convertirme en madre y de que el padre no había sido ningún hombre. El cómo había ocurrido yo no lo sé, ni lo entiendo aún hoy, pero me bastó con oír algo que, por lo demás, todos los creyentes aceptamos, que «para Dios no hay nada imposible». Por eso tampoco me supuso mucha dificultad aceptar que Dios podía engendrar en mí al Mesías sin intervención de varón. Y todo esto le convertía a Él, al Todopoderoso, en padre de mi hijo, con lo que yo resultaba ser, de algún modo, su esposa. Además, el hijo que ya llevaba en mis entrañas, ¿qué era con respecto a Dios?, ¿se le podría llamar hijo suyo?, pero ¿cómo iba a ser hijo de Dios un ser humano?, ¿cómo iba a aceptar el pueblo de Israel, que no consentía que se hicieran esculturas ni pinturas que representaran a Dios, un Mesías que fuera a la vez Hijo del Altísimo? Y por si este mar de dudas fuera pequeño, había cientos de cosas más. Por ejemplo, ¿iba a ser mi hijo un guerrero o un constructor de paz? ¿Iba a manchar sus manos con sangre y a empuñar espadas victoriosas, o iba a ser un hombre santo que condujera al pueblo por caminos de renovación interior, de conversión, de misericordia?

Bueno, tengo que decir que de esta última pregunta supe inmediatamente la respuesta. Apenas surgió en mí, noté dentro una reacción, como procedente de aquella minúscula vida que ya se agitaba en mis entrañas. No, él no sería un Mesías guerrero.

La violencia nunca empañaría su mirada. Ni con la mejor de las intenciones, ni con la más noble de las causas, llevaría él la destrucción a los hombres y a los pueblos.

Pero esta certeza, que me alegró, me produjo también miedo. ¿Qué dirían entonces mis primos, mis paisanos, el pueblo entero de Israel que, con algunas excepciones como mis padres y pocos más, esperaban un líder victorioso, un caudillo militar? Lo que había sucedido aquella noche, tras la lectura del fragmento de Isaías por Asaf y su significativo silencio, con el rechazo por la mayoría de las palabras del profeta que están escritas a continuación, ¿no sería lo que le sucedería a mi hijo si intentaba predicar la paz y no la guerra? ¿Podría darse el caso de que el Mesías fuera rechazado por el pueblo si no traía el mensaje que la gente estaba deseando oír? Peor aún, tal y como habían sugerido algunos, ¿podría el Mesías ser despreciado e incluso asesinado, como el cordero manso llevado al matadero, y no sólo por los paganos sino por el mismo pueblo elegido?

Compréndeme, Juan. Creí volverme loca. Era todo demasiado complicado para mí, que sólo tenía quince años y apenas había salido de mi aldea para visitar algunas de las poblaciones vecinas. Como no entendía nada, me limité a dejar que fuese mi corazón, mi intuición, la que me proporcionase algo de luz en medio de la confusión en que, al marcharse el ángel, me vi envuelta.

Porque, además, estaba mi propio problema personal. Tú sabes, querido muchacho, lo estrictas que son las leyes de nuestro pueblo, sobre todo comparadas con las de estas tierras griegas. En cierta ocasión, tendría yo alrededor de ocho años, una muchacha de Nazaret había sido lapidada hasta morir. Estaba desposada con Tobías, un zapatero de la aldea, pero se había enamorado de otro muchacho del pueblo, un tal Jacob hijo de Yaír. El caso es que hi-

cieron lo que no debían y ella se quedó embarazada. La noticia fue un terrible escándalo y en Nazaret no se hablaba de otra cosa. El futuro marido se sintió ultrajado y exigió una reparación. Los padres de la chica, Mikal se llamaba la pobrecita, como la hija de Saúl, ofrecieron todo su dinero a Tobías. Él sólo tenía que decir que había mantenido relaciones con Mikal, lo cual no era del todo bueno, pero no llevaba consigo ningún castigo. Pero el zapatero se negó, aunque la oferta era muy tentadora. El asunto había trascendido, lo sabía todo el mundo porque el torpe de Jacob había hablado de ello con sus amigos en medio de una borrachera, así que Tobías repudió a Mikal públicamente y ésta recibió el castigo de las adúlteras y murió apedreada. Llevaron a todas las muchachas del pueblo a ver el terrible espectáculo, y también a todos los jovencitos. A todos menos a mí, y no porque fuera una niña, sino porque mi padre se opuso, ya que estaba en contra de ese tipo de medidas, por más que vinieran recomendadas por la ley y avaladas por la utilidad que dan los escarmientos.

Así que yo sabía bien lo que me podía suceder. Mi caso no tenía nada que ver con el de la pobre Mikal, pero eso, ¿quién se lo iba a creer? Cuando se marchó el ángel empecé a darme cuenta de las consecuencias de lo que había hecho. Esas consecuencias eran, ni más ni menos, que un niño. Un niño que iba a ser visto por todos, previo embarazo de nueve meses, imposibles ambas cosas de ocultar. ¿Qué iba a pensar la gente? ¿Qué iba a pensar José, cómo reaccionaría él? ¿Podría llegar a repudiar-me, como Tobías con Mikal? Y, en ese caso, ¿qué iba a ser de mí, y de mi hijo?

Por si fuera poco, estaban mis padres. ¿Cómo les contaba yo lo del ángel? ¿Cómo le decía yo a mi dulce madre que estaba embarazada y que había sido Dios personalmente el que se había introducido en mi seno? Por mucha confianza que tuvieran mis padres en mí, ¿cómo se iban a tragar una historia se-

mejante? Y mi querido padre, con el que nunca había tenido un disgusto y que estaba tan orgulloso de mí, ¿qué iba a pensar? ¿Se reirían de él los hombres del pueblo al ver a su hija deshonrada, embarazada de un extraño del que ni siquiera se sabía su nombre?

Tienes que entender bien todo esto que te cuento, Juan, porque de lo contrario, nadie podrá nunca comprender lo que significó mi aceptación de la voluntad de Dios. Es muy fácil decirle «sí» al Señor, pero no es tan fácil llevarlo a la práctica, sobre todo en momentos como éste. Después, cuando las cosas se arreglaron, sobre todo cuando mi hijo Jesús hacía milagros y todos le aplaudían, algunas mujeres me envidiaban y alababan mi suerte por ser madre del Mesías. Es verdad que todas las muchachas de Israel soñábamos con ello, pero no de aquel modo, no a aquel precio. Yo era consciente de que me estaba jugando la vida, y la vida de mi hijo. Era consciente de que había puesto en manos de Dios mi propio honor, mi reputación, mi futuro, y también el de los míos. Y no sabía cómo se podría encontrar una salida airosa a aquel embrollo.

No lo sabía, pero entonces vino en ayuda de mi debilidad la gracia del Altísimo. El mismo que me había cubierto con su sombra, acudió a tranquilizarme. Noté su mano, dulce a la vez que poderosa, acariciando mis cabellos y diciéndome de nuevo, como antes me había dicho el ángel: «No temas, amada mía, paloma mía, confía en mí. Yo soy el Todopoderoso y para mí no hay nada imposible. ¿No ha sido posible que tú estés embarazada sin perder tu virginidad? No te preocupes, por lo tanto, y ten confianza. Mira los lirios del campo y los pájaros cantores, ni un solo pétalo ni una sola pluma cae de ellos sin que yo lo sepa y lo consienta, ¿y no crees que me importas tú más que todas las flores del mundo y todos los ruisseños? ¿Crees que he puesto a mi Hijo en tus entrañas para que ahora muera apedreado por una ley que injustamente me atribui-

yen? ¿Crees que llevo milenios esperando este momento para que unos patanes lo destruyan con piedras y odio? No temas, amada mía, paloma mía. Él y tú, tú y él, estáis a mi cargo y el poder del infierno no prevalecerá.»

Así fue como me dormí. En sus brazos, acunada por la dulzura del Señor, segura de que estaba en sus manos. No recibí luces que iluminaran mi inteligencia. No vi soluciones ni entendí nada de nada. Sólo supe que, si Dios estaba detrás del asunto, todo iría bien y que yo lo único que tenía que hacer era dejarme llevar. Me acordé de una frase de Isaías que mi padre solía repetir porque era su lema favorito: «En la confianza está vuestra fuerza.» En la confianza en el poder de Dios y en su amor estaba mi fuerza. Me puse en sus manos y me quedé dormida. Era ya casi de día.

Fue apenas una siesta. Mi madre entró en mi habitación muy poco después. Con su eterna sonrisa se sentó junto a mi cama y me despertó, regañándome entre bromas y llamándome dormilona.

Abrí los ojos, me incorporé, le eché los brazos al cuello y, sin poder evitarlo, rompí a llorar. ¡Tenía tanta necesidad de desahogarme! Estaba tranquila, creía en Dios sin la más pequeña duda, pero el trago de contárselo a mis padres debía pasarlo y no era un asunto pequeño.

Lloraba con no poca angustia y a la vez con una sorprendente paz. Mi madre me besó las mejillas, me acarició el pelo y me preguntó si había tenido algún mal sueño, si me dolía algo, si había pasado, en fin, mala noche.

Creí morirme cuando tuve que empezar a hablar. Las palabras se negaban a salir. La boca se me quedó completamente seca. Tuve que carraspear varias veces y al fin le dije, mirando a las sábanas de la cama en lugar de dirigir mi mirada a sus ojos: «Voy a ser madre.» Después me quedé en silencio.

El silencio duró mucho tiempo. A mí me pareció

una eternidad. Desde luego fueron varios minutos. Mi madre estaba junto a mí. Seguía con mi mano en la suya y por eso podía saber lo que estaba pasando por su corazón, el calibre del disgusto que le había dado, la decepción que sentía, el dolor inmenso que quebraba su alma santa. Y eso que no sabía nada de quién era el padre.

Al cabo de un rato, me cogió con su mano la barbilla y me hizo que le mirara de frente. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, como los míos. Nos miramos largamente y luego me abrazó. No sé cuánto estuvimos así. Llorábamos las dos sin poderlo evitar. Yo por una cosa y ella por otra, pero ambas por lo mismo.

Cuando nos calmamos, me preguntó por José. No quiso saber cuándo había sido, ni cómo. Sólo me dijo que cuándo me iba a ir a vivir con José, porque daba por descartado que él era el padre.

Así que se lo conté todo.

Lo sorprendente fue que me creyó y que respiró aliviada. En realidad no tenía por qué sorprenderme, ya que mi madre era una mujer de Dios y, más allá de mis palabras y de la veracidad de lo que yo decía por increíble que pudiera parecer, el Señor también estaba trabajando en ella. Le ofrecí, incluso, que comprobara que no había perdido la virginidad, a lo que ella se negó rotundamente, porque, me dijo, eso sería no aceptar mi palabra.

—Te creo, hija —me dijo Ana—. Te creo porque la historia que cuentas es demasiado increíble para que, puestos a inventar, tuvieras la más pequeña posibilidad de que pudiera ser aceptada. Te creo, además, porque jamás he tenido motivo alguno para dudar de ti. Has sido una muchacha ejemplar. Nunca nos has dado un disgusto ni a tu padre ni a mí y dudar de ti, por difícil que sea aceptar tu palabra, sería una ofensa que tú no mereces. Si no te creyera, estaría rompiendo algo puro y limpio, la confianza que tú mereces. Pero es que también a mí el Señor